

## *El papel de los museos militares en la sociedad europea*

WILLIAM REID\*

Europa tiene más de un millar de museos militares. Cada año los visitan millones de civiles y militares, entre los que podemos encontrar coleccionistas, historiadores aficionados con grandes conocimientos, estudiantes, escolares y turistas. No debemos olvidar que en las últimas décadas la cultura del museo militar se ha extendido por todo el mundo. En más de cincuenta países, desde la A de Argelia a la Z de Zimbawe, estos museos conmemoran la lealtad, el valor y sentido del deber de sus soldados. Existen también museos dedicados a aquellos ejércitos de los llamados «luchadores por la libertad» para la creación de nuevos estados. Incluso en estos momentos se están planificando nuevos museos militares en algunos países, entre ellos Arabia Saudita y Taiwan.

La International Association of Museums of Arms and Military History (IAMAM) cuenta con trescientos socios. Muchos de ellos pertenecen a naciones que fueron grandes enemigas en la guerra, mientras que ahora sus conservadores disfrutan de una amistad personal y una estrecha cooperación profesional.

No existe ninguna relación entre el número, la importancia y el costo del museo de un país y su poder militar o la frecuencia con que éste haya tenido que luchar en la guerra moderna. Suiza, tras décadas de paz y con una población de menos de siete millones de habitantes, tiene por lo menos catorce museos. Suecia, con un reciente pasado de paz similar y con menos de ocho millones de ciudadanos, tiene un mínimo de treinta y seis museos. Para ver la mayor concentración de museos militares tenemos que acercarnos a los vencedores de las dos guerras mundiales: cuatrocientos en Francia, más de dos-

---

\* Presidente de honor de la Asociación Internacional de Museos de Armas y de Historia Militar (IAMAM).

cientos en el Reino Unido, e incluso en Bélgica, con una población de menos de diez millones de habitantes, podemos encontrar más de cincuenta. El Museo del Ejército español es uno de los más venerables, espléndidos y hermosos museos centrales del mundo, aunque hay que decir que en España se han creado pocos museos-satélite si bien algunos se han podido establecer gracias a la iniciativa de entusiastas militares en activo.

*Las preguntas.* Antes de pretender llegar a ninguna conclusión sobre el papel de estos museos en la sociedad europea, me hice las siguientes cinco preguntas:

- ¿Qué son los museos militares?
- ¿Para quiénes están?
- ¿Cuál es su misión?
- ¿En qué lugares se encuentran?
- ¿Qué futuro tienen?

*Qué es un museo militar y para qué está.* Aunque ya haya sugerido que no hay dos museos militares iguales, sus funciones bien pueden ser las descritas en las dos cortas frases del Estatuto Real que estableció el National Army Museum del Reino Unido en 1963. Estas son:

Para coleccionar, preservar y exhibir objetos y testimonios relacionados con la historia del Ejército y de esta manera dar mejor a conocer los logros, la historia y las tradiciones del Ejército.

Para coleccionar, verificar y publicar información relacionada con la historia del Ejército e investigar en esa historia.

Ustedes observarán que estas simples normas no mencionan la contribución que hacen los museos al reclutamiento, al espíritu de cuerpo y a la moral, propaganda, educación, instrucción o —me atrevería a decir— al turismo. Tampoco dice nada sobre esa emoción pasada de moda y políticamente incorrecta que es el Patriotismo.

Al viejo cliché «La historia es la propaganda del vencedor» podríamos añadir «y un nuevo museo militar puede ser la expresión tangible de su victoria». Por toda Europa los museos militares centrales de carácter nacional se establecieron como consecuencia de las guerras. Existe la tremenda tentación de construir uno cuando se acaba de salir victorioso y añadiría que es casi imposible levantar uno de estos museos cuando se ha sido derrotado.

Por ejemplo, el Imperial War Museum de Londres fue fundado por orden del gobierno inglés con más de un año de antelación al Armisticio de 1918 y fue formalmente establecido mediante Decreto del Parlamento tres años más tarde. No se iba a tratar de una sala llena de reliquias ni de una galería de tro-

feos, sino se pretendía que «proporcionara un testimonio y lugar para el estudio de la Gran Guerra de 1914-1919». El museo, en la actualidad, se preocupa de todos los aspectos de las aventuras militares británicas de todo el siglo veinte; y me complace informarles que apenas hay fricciones entre éste y los otros museos dedicados específicamente a la Royal Navy, a la Air Force (RAF) y al Ejército Británico.

Otros museos centrales, como el Sacratio Militare della Prima Guerra Mondiale, de Italia y el australiano War Memorial, de Camberra, fueron creados específicamente para conmemorar el sacrificio de aquellos que murieron por su país y esa función está expresada en sus títulos.

Los museos nacionales, tales como el Museo del Ejército español, normalmente son bien conocidos y se encuentran en buenos lugares geográficos. Tienen razonables —nunca generosos— apoyos de los gobiernos centrales, y un futuro relativamente asegurado. Es a ellos adonde debemos dirigirnos para buscar explicaciones a los orígenes de las guerras y a asuntos universales tales como la ética militar, la disciplina y la justicia, la música y las bandas de música, la religión, las relaciones entre el ejército y sus monarcas y políticos, el reclutamiento de tropas nativas auxiliares y los «Tercios de extranjeros», y otros muchos puntos que interesan al visitante inteligente.

*Los museos de equipos*, dedicados a la historia y desarrollo de tipos concretos de material de guerra, forman otro grupo importante. El Reino Unido tiene la fortuna de tener la mayor concentración de vehículos blindados de combate, artillería, señales, equipo de ingeniería, medicina, vehículos de diferentes tipos y de aviones del ejército. La mayoría se abren al público en general a pesar de encontrarse en centros de entrenamiento. Como representan las ramas científicas y técnicas del servicio, se les puede clasificar con toda justicia como de interés para el entrenamiento e instrucción de soldados y oficiales. Como ejemplo, el Bundeswehr alemán llama a su museo de artillería el «Lehrsammlung Artillerie», esto es, «La colección de enseñanza de artillería».

A pesar de que los museos de equipos presentan a menudo exhibiciones llamativas e interesantes, sólo nuestro Tank Museum (Museo de Carros de Combate) tiene un gran número de visitantes civiles. La única razón que lo convierte en el más popular de los museos de armas del Reino Unido es que se encuentra cerca de una zona de recreo a la orilla del mar. Cada año el director reza devotamente para tener un verano lluvioso, de manera que pueda esperar la visita de 300.000 personas. Sólo aparece la mitad de este número cuando hace buen tiempo.

Ya que les hablo del Tank Museum es posible que les interese saber que oficiales en activo rescataron algunos de los primeros tanques del mundo de ser reprocesados como chatarra en 1940, y los escondieron hasta que fueron colocados al lado de más recientes trofeos de la Segunda Guerra Mundial.

Nuestra artillería cuenta con tres museos: uno narra la historia del Royal Regiment of Artillery desde su creación en 1716. En segundo lugar, su museo de equipamiento muestra sus cañones, instrumentos y proyectiles. Y por último, la vasta colección de medallas de campaña y de valor personal del regimiento se encuentra a buen recaudo en una sala del cuartel general.

*Los museos de regimientos.* Los títulos «The Northumberland Fusiliers» y el «Skaraborgs Regiment» indican que los ejércitos británico y sueco están entre los que reclutaban a sus oficiales y soldados para regimientos concretos en zonas específicas del país. En esas zonas encontramos también sus museos inequívocamente territoriales. Al contar la historia de los regimientos individuales, éstos son sensiblemente más importantes a los hombres que sirvieron en ellos y a sus familias que los museos centrales, ya que definen la sutil diferencia del espíritu, el carácter y las tradiciones del regimiento que dan vida al espíritu de cuerpo.

Algunos también generan el orgullo de su ciudad por la proeza de «sus» soldados y sirven de amalgama para unir los bloques de la sociedad civil y militar, que no siempre se comprenden mutuamente. Al ser tan valiosos como museos de historia social así como de historia militar, algunos se han integrado dentro del más importante museo local.

La aparición de muchos de estos pequeños museos de regimientos poco tiempo después del Armisticio de 1918 retrasó el desarrollo del National Army Museum del Reino Unido hasta fecha bastante reciente. Incluso tras su creación en 1963, nuestras tradiciones de regimientos son tan excepcionalmente fuertes que pocos soldados pensaron en el National Army Museum como suyo. Cuando yo comenté esto a Lord Carrington, el entonces Secretario General de la OTAN, me dijo que él nunca había estado en el ejército: él había sido oficial del Queen's Grenadier Guards, que no tenía ninguna conexión profesional con el inferior personal de tropa que sirvió en los regimientos provinciales de infantería. ¡Creo que estaba haciendo un chiste!

*Las salas de honor,* al estilo de las antiguas «Salas de Banderas» del ejército español, nos las podemos encontrar en muchos cuarteles europeos. Sólo las visitan los militares y sus invitados, y probablemente influyen en el espíritu de cuerpo y en la moral tanto como cualquier «museo» formal. En Francia, donde se promocionó mucho su creación por parte del Ministère de la Guerre francés desde 1886, se consiguieron algunas de éstas. Lo que fue en un principio la «Salle d'Honneur de la Legion Étrangère» se ha convertido en un museo de regimiento propiamente dicho en Aubagne.

Aunque las salas de honor no son parte del sistema militar británico, sí que imprimen un cierto carácter las reliquias atesoradas en las oficinas de oficiales y sus ayudantes o las pinturas que cuelgan en la mayoría de los comedores de los oficiales, así como las cuberterías de plata que enriquecen sus manteles. Todas ellas cumplen la misma función: inflamar el orgullo militar de su propio regimiento. Orgullo que asegurará su voluntad y firmeza para luchar en las peores batallas.

*Los museos de campos de batalla* nos han acompañado durante bastante tiempo. Después de sobrevivir a la carnicería de la Batalla de Waterloo en 1815, el Sargento Mayor Cotton instaló una vitrina de reliquias en un caserón cercano donde también se iniciaron las visitas de turistas al campo de batalla.

Aunque nosotros los británicos hemos tenido la suerte de no ser invadidos en los últimos 900 años, sí que preservamos algunos lugares de batallas que tuvieron lugar entre nosotros mismos. Bannockburn, en 1314, se explica inteligentemente en un centro de visitantes. El campo de batalla está dominado por una moderna estatua en postura heroica del Rey escocés Robert the Bruce, pero no lo considero un verdadero museo al no tener ningún elemento contemporáneo del rey que exhibir. Otras batallas de nuestras guerras civiles del siglo XVII y los levantamientos de los Stuart del siglo XVIII han llenado nuestros paisajes de cicatrices, pero se ha dejado su interpretación a los historiadores locales.

Ningún campo de batalla europeo se ha tratado más exhaustivamente que el de la Batalla de Borodino, que tiene un panorama evocador lleno de vida así como un museo informativo. Los visitantes pueden pasear desde las galerías directamente al mismo campo, que no ha cambiado mucho desde 1812 cuando el Gran Corso contempló el fin del avance a Moscú y el comienzo de su épica retirada.

Muchas compañías de viajes actualmente preparan visitas a campos de batallas de otros países. A medida que la historia militar se hace más popular, tanto como tema de estudio como afición emocionante, auguro un futuro prometedor desde un punto de vista académico o comercial para el turismo.

*Los museos de fortificaciones.* Hace casi dos mil años los zapadores romanos construyeron una muralla defensiva a través de la parte más estrecha de Inglaterra, justo al sur de la frontera con Escocia. Su trabajo y razones para hacerla se explican en las torres reconstruidas y en los fuertes que las califican como museo de fortificación. Por toda Europa desde los Urales al Atlántico y desde el Círculo Ártico hasta el Mediterráneo, se pueden visitar fortificaciones más modernas que han sufrido cañonazos, asedios y bombardeos aéreos antes de convertirse en museos.

En Turín, Italia, las fortificaciones subterráneas relatan la muerte de su heroico defensor piomontés, Pietro Micca. Este relato añade un grado más de interés al visitante de sus oscuros, resonantes pasadizos. La habitación del Alcázar de Toledo donde el Coronel Moscardó habló por teléfono con su hijo, nos recuerda la valerosa y prolongada resistencia contra un enemigo muy superior. Los bunkers de Simserhof-Bitche de la Línea Maginot francesa nos recuerdan la concepción errónea del Blitzkrieg alemán y la guerra moderna de los años 30.

Pasear con un guía por las murallas de Ciudad Rodrigo puede dar la impresión de cómo debió de ser el trepar por una escala a la vista de resueltos defensores, pero, como en el caso de Bannockburn, sin colecciones y mues-

tras que exhibir, ni siquiera esas fuertes murallas conforman un museo en sí mismas.

Para aquellos a quienes les fascinan las fortificaciones más recientes, Rapperswil, cerca de Zurich, tiene un museo dedicado únicamente a la explicación de la historia de la arquitectura de los castillos. Como tantos museos militares, fue creado por un club privado para estudiosos de castillos.

*Los museos personales o biográficos.* Por último, un grupo importante de museos nos recuerdan las grandes deudas que tenemos con grandes capitanes que perfilaron nuestro mundo. Algunos de esos gigantes históricos ocupan no más de un rincón en museos locales o en escuelas de formación; en otros casos son sus propios hogares y efectos personales los que conforman la exhibición.

No estoy seguro de que al Director de la Real Armería de Madrid, una de las mejores armerías del mundo, le gustara que yo lo considerase como un museo dentro de esta categoría. La Real Armería nos habla de emperadores, reyes y príncipes del siglo XVI que mandaron los ejércitos de España. ¿Dónde podríamos encontrar piezas de museos más evocadoras y reveladoras, desde un punto de vista personal, que la misma armadura que protegió al hombre en la batalla? Ni siquiera el genio de Tiziano puede darnos la impresión tridimensional de Carlos I galopando al campo de batalla de Mühlberg, que la que nos da su armadura. Allí podemos imaginar, también, a Felipe II avanzando en San Quintín y Gravelinas. La excepcional calidad de las armaduras de la Real Armería también nos confirma la inmensa riqueza de sus propietarios y el excelso lugar que ocupaban en la sociedad.

La brillante carrera de Napoleón Bonaparte es recordada en muchos lugares, desde su magnífica tumba en París a la pequeña colección en la lejana isla de Santa Elena, donde pasó sus últimos años. Los tesoros personales de las victorias militares y de la turbulenta vida política del Duque de Wellington se recogen en el elegante museo de su mansión de Londres. El Conde Bernadotte, que fue Mariscal de Francia antes de aceptar la corona de Suecia, es recordado en Pau. El servicio a Francia del Mariscal Foch cobra vida en las exhibiciones de su ciudad nativa de Tarbes; y el de Charles De Gaulle en su museo de Colombey-les-Deux-Églises, donde vivió sus últimos años. Y así muchos, muchos más.

*Para quiénes están los museos y qué deberían hacer.* Los fundadores de recientes museos raramente se hicieron dos preguntas esenciales: ¿Para quiénes los oreamos? y ¿Qué queremos que hagan? Una vez que tengamos las respuestas, puede que no necesitemos nada más para ver el lugar de los museos militares en la sociedad moderna.

*Museos para militares.* Muchos orgullosos oficiales han considerado que sus hombres habrían sido mejores soldados si hubieran tenido un museo que les contara la historia de sus regimientos de forma clara. De tal forma que, una vez que ellos se vieran inmersos en esa historia, su moral y espíritu de cuerpo sería mayor que si ellos olvidaran sus lazos con los «Tercios» de Pavía o la victoriosa infantería de Castaños en Bailén.

Sin embargo, no todos los oficiales expertos están de acuerdo con las contribuciones que la historia de los regimientos y los museos hacen al espíritu de cuerpo. Un general británico no tiene ninguna necesidad de un museo, ya que él ha aprendido toda la historia de regimientos que pueda necesitar de un veterano de su regimiento de guardia.

Un Comandante supremo de la OTAN mantendría una opinión diferente. La tripulación de un barco o de un avión no tiene más remedio que ir a donde manda su capitán. Un artillero de tanque puede estirarse y tocar el hombro o la rodilla de alguno de sus compañeros. Pero es diferente para un soldado de infantería cuando tiene que hacer frente a un enemigo que no se ve, solo en la trinchera, cansado, con hambre y frío, y probablemente con miedo. Es ahí cuando el orgullo de su regimiento y la vergüenza que sentiría si traicionara el recuerdo de aquellos que le precedieron tiene un valor inestimable.

*Museos para el público en general.* Exhibiciones interesantes, expuestas e interpretadas de forma emocionante en un buen museo para militares, debería también satisfacer a la mayoría de los visitantes nacionales que se acercan a nuestros museos para educarse y/o para distraerse. Los museos pueden recrear la conciencia nacional y cívica de pasadas proezas, y hacer énfasis a la comunidad sobre cómo la sirven las virtudes militares, tal como definió Pedro Calderón de la Barca y está inscrita en los muros de las escuelas militares españolas.

La forma que tiene el público de ver a sus ejércitos y a sus militares podría ser mejorada al recordar sus sacrificios. Si la gente de toda condición social recordase la deuda que tiene con el soldado, cualquiera que sea su rango, yo creo que cualquier país tendría una mejor oportunidad de lograr la unidad y de alejarse de las fuerzas que tratasen de dividirlo, ya fueran internas o externas. En las palabras del Presidente Coolidge, «La nación que olvida a sus defensores será ella misma olvidada».

La actitud de la población civil británica hacia sus soldados en tiempos de paz y de guerra fue subrayada hace un siglo por Rudyard Kiplin. Premio Nobel de Poesía, que conocía bien el ejército, Kipling recordó a sus compatriotas el trato desafortunado que tenían con sus militares. Su protagonista, Tommy Atkins, que era un mítico, y a pesar de ello representativo del soldado británico, era despreciado en tiempo de paz y festejado, por contra, cuando las balas empezaban a silbar:

Pues Tommy es esto, y Tommy es aquello,  
Y «Echa de aquí a ese bruto»  
Pero, es el «Salvador de la Patria»  
Cuando silban las balas.

Los museos en sí mismos no serían capaces de reconvertir a nuestros maestros políticos, pero podrían ayudar al hombre de la calle a comprender los problemas de la vida y la muerte del soldado.

Las visitas de los niños deberían guiarlas personas que comprendieran sus necesidades, y nadie mejor que aquellos maestros que tuvieran una especial sensibilidad hacia la historia militar; como el maestro que dijo al salir de este museo de Madrid: «Aquí se entra español y se sale más español todavía». Cada uno de los museos más importantes del Reino Unido cuenta ahora con profesores cualificados entre su personal para ayudar a los jóvenes a sacar el mayor provecho de su visita. Algunos señalan que influyen en el proceso de reclutamiento, pero siempre ha habido jóvenes cuyo interés por las fuerzas armadas nació durante una visita al museo.

*Los turistas.* Como la mayoría de los turistas normales no tienen suficientes conocimientos históricos y simplemente tienen un interés casual por el pasado de otro país que no sea el suyo, se dejan conducir por sus folletos guía. Aquellos museos que están señalados como situados en edificios de interés intrínseco cosecharán una preciosa hilera de las hordas atraídas por el nombre de un lugar famoso. (Hablaré más de esto cuando mencione los edificios de los museos.) Las asistencias a museos mal situados de igual valor podrá ser todo lo más de un uno por ciento de las de sus hermanos más afortunados. Una vez en cualquiera de ellos, las necesidades de los turistas son similares a las de los nacionales.

Ya he mencionado que el desarrollo de los museos ha tenido la influencia de las visitas a los campos de batalla, que son un mercado especializado para aquellas personas con conocimientos de historia. Sin embargo, hay excepciones. El año pasado el aniversario del Día D atrajo a decenas de miles de veteranos americanos, británicos y canadienses hasta las playas de Normandía, a sus museos, establecidos hace tiempo, en Arromanches y en Pegasus Bridge y a otro más reciente, el Mémorial de la Bataille de Normandie. Está en Caen, una ciudad que fue terriblemente destruida por las bombas en el curso de su liberación. El Mémorial, construido y equipado con la ayuda de los Aliados para conmemorar aquella campaña decisiva, se ha convertido en un Museo de la Paz y en el museo de mayor carácter político de toda Europa Occidental.

*Los edificios de los museos militares.* Los museos modernos diseñados especialmente para su cometido, como el Mémorial de Caen pueden resultar más fáciles de administrar que, por ejemplo, uno instalado en un antiguo hospital en las Islas del Canal de la Mancha; aunque por otra parte, tristemente, les falta el carácter individual que estimula el turismo. Para los turistas, la combinación de edificios históricos y las colecciones interesantes parecen irresistibles. No es por casualidad que tantos sean atraídos a museos en famosos castillos como el Alcázar de Segovia, donde Isabel la Católica instaló las espadas de sus héroes militares en un museo-santuario; el Kremlin; el Alcázar de Toledo, y otros maravillosos edificios como el de los Invalides, que el Rey Luis XIV construyó como hospital para sus veteranos.

Cada año muchos de los tres millones y medio de visitantes a la Torre de

Londres, del siglo xi, también incluyen en esta visita la de la Royal Armouries. Yo vaticino una cantidad muy inferior en el número de sus visitantes cuando éste, que es el museo militar más antiguo del Reino Unido, sea trasladado a 300 kms. al norte, a la ciudad de Leeds y sea instalado en un nuevo edificio que va a costar 42 millones de libras esterlinas.

A mí, como amante de las armaduras que soy y que he trabajado en la Torre de Londres durante muchos años, no me agrada en absoluto la idea de los pocos visitantes que va a tener esta colección en Leeds en comparación con los que tenía cuando estaba en la mayor atracción turística del Reino Unido.

Los edificios de menor importancia arquitectónica también pueden utilizarse como museos. Por ejemplo, un arsenal danés en Copenhague se convirtió en el Tojhusmuseet, y allí se puede ver la mejor colección de armas de fuego del mundo. Hay que preguntarse si éste y los arsenales del siglo xvii de Graz y Solothurn habrían sobrevivido a la especulación de terrenos si no hubieran sido utilizados como museos.

Lo mejor de las colecciones del Imperial War Museum y su base administrativa se encuentran en lo que fue un hospital londinense de 1815. La mayoría de los artefactos de mayor tamaño están a 80 kms. En Duxford, un campo de vuelo completo es lugar ideal para aviones, cañones, tanques, vehículos y otro equipo pesado que allí se mantiene, cobija y exhibe. Allí también se puede ver exhibiciones de vuelo y observar cómo se realizan las restauraciones y reparaciones. Estos últimos aspectos están haciéndose muy populares entre los visitantes, aunque no lo sean necesariamente con el personal del museo.

A medida que los presupuestos de defensa se reducen, muchos países civilizados como el suyo y el mío afrontan el problema de qué hacer con los edificios militares que forman una parte importante de nuestra herencia arquitectónica, pero que ya no se necesitan para su uso original. Para rehabilitar estos preciosos edificios de otra época y adaptarlos como museos, es una manera de recuperar parte del costo de su mantenimiento básico. Y el mantenimiento es realmente esencial porque tantos de nuestros pueblos serían infinitamente menos interesantes y atractivos sin ellos: serían eriales.

Otros tipos de instituciones también tienen edificios de más. En el R.U., donde los valores religiosos están en declive, y cada vez se necesitan menos lugares para rezar, existe un museo de regimiento que ocupa una iglesia medieval que tiene la ventaja de estar en la plaza central de una ciudad histórica donde los visitantes pueden aparcar sus coches.

Las asistencias más bajas se registran en aquellos museos situados en establecimientos militares en activo, tales como una escuela de oficiales o un centro de enseñanza de idiomas. Éstos sólo los visitan los alumnos en formación —que no siempre son los hombres y mujeres más interesados en museos—. La escuela de música militar británica está situada en la espléndida casa del siglo xviii del pintor del Rey, Sir Godfrey Kneller, pero su museo tie-

ne pocos visitantes aparte de los alumnos músicos y de los directores de bandas que se forman allí.

*¿Quiénes son los conservadores?* Mientras les hablo sobre para quién y para qué están los museos, valdría la pena dedicar unos minutos a las personas que los dirigen. Inevitablemente las primeras generaciones de conservadores fueron oficiales jubilados, y la mayor parte todavía lo son, aunque los conservadores de museos profesionales se están introduciendo poco a poco. Yo mismo fui nombrado director de nuestro National Army Museum, aunque serví en la RAF. Incluso en Francia, que tienen una fuerte tradición de destinar la dirección del Musée de L'Armée a un distinguido general, hoy en día tiene como director a un excelente y experimentado conservador profesional de museo.

Existen ventajas teniendo a un general jubilado como director, preferentemente con un profesional conservador de museo como Subdirector. Tampoco se deben infravalorar los contactos que militares de carrera tienen dentro del ejército y el Ministerio de Defensa, que yo comparo con la comadrona y el ama de leche para la mayoría de los museos militares. Ellos proporcionan apoyo financiero y de personal y aseguran que los museos militares de su patria tengan muestras de todo tipo de equipo, desde las botas a los tanques. Lo que un intendente del ejército consideraría como simplemente un arma obsoleta, o una radio o una insignia de gorra, para el conservador será siempre algo nuevo que exhibir, conservar y presentar. Puede que sea él el único que salve ese objeto para la historia.

El tener un militar como director puede proporcionar otros sorprendentes beneficios. Cuando yo visité por última vez el Museo Central de las Fuerzas Armadas Soviéticas, observé que había una guardia de honor que se cambiaba cada dos horas en una ceremonia solemne que en sí misma hacía válida la visita. También existe en el Museo del Ejército de Turquía una banda que toca todas las tardes. No puedo imaginar que ninguna de las dos cosas sucediera en un museo si no estuviera dirigido por un general.

Como ningún director nunca tiene suficiente personal pagado bajo su control, puede emplear voluntarios que a menudo se aficionarán tanto a algún aspecto del contenido del museo, que hasta serán capaces de trabajar sin ser pagados. Ellos pueden estar quizás asociados con el museo o puede que, como ocurre en mi país cada vez más, sean miembros de una Sociedad de Amigos o grupos tales como la Asociación para el Estudio de la Guerra de la Independencia o un club de miniaturistas, es decir: hombres y mujeres que comparten un hobby.

Al ser cada vez más difícil en algunos países encontrar empleo remunerado, aun para aquellas personas con preparación, existe un valor social positivo en la oferta de trabajo sin remunerar que hace un museo y que va a proporcionar a esos trabajadores voluntarios una nueva meta en su vida. El National Army Museum británico se ha beneficiado de la generosidad de

muchos amigos, entre los que se encuentran viudas de militares, que han ayudado a llevar la librería, o se han dedicado a investigar o que han catalogado documentos sobre los que tenían unos conocimientos especiales. El Tank Museum también se apoya en la experiencia técnica de un equipo de amigos sin ánimo de lucro para conservar y reparar sus vehículos de combate blindados e incluso a conducirlos en sus demostraciones.

*¿Qué futuro tienen?* Los soldados europeos han muerto en combate cada año durante siglos y estos sacrificios no se van a detener de repente. Parece improbable que puedan surgir conflictos internacionales a gran escala como lo fue la Guerra de Corea, y las Naciones Unidas puede que utilicen otros medios que no sean las intervenciones militares para parar los horrores que estamos viendo en Somalia, Ruanda o Bosnia. Pero para un futuro a corto plazo, cada nación de Europa tendrá que mantener un ejército, incluso aunque sólo fuera disuasorio contra posibles revueltas de carácter civil. El ejército británico sólo seguirá reclutando voluntarios profesionales. Otros ejércitos tendrán servicio obligatorio, siendo sus oficiales y formadores los únicos profesionales con más de un par de años de uniforme. Algunos, como el español, podría ser una mezcla de reclutas y profesionales sirviendo como infantería y en unidades de operaciones especiales, como artilleros o como personal de tanques, o en cuerpos médicos, técnicos o de intendencia. Si vamos a tener museos, ellos podrían ser los que explicaran cuáles son los deberes y manejo de armas. Un conservador con visión de futuro es posible que pueda predecir lo que les espera.

Cuando las armas ya no sean controladas por 75 kilos de vulnerable carne y hueso bien entrenado, sino por un chip de un ordenador que envíe instrucciones via satélite a un robot que lleve sensores o explosivos, ¿quiénes serán, entonces, nuestros héroes? ¿Qué corajes podremos festejar cuando un gran número de hombres ya no ofrezcan sus vidas para proteger los intereses de su país o para satisfacer el capricho de un político?

Puede que haya menos actos de valor a medida que la escala e intensidad de las batallas se reduce, pero yo espero que su historia se cuente de forma veraz y minuciosa, así como que sea interpretada con elegancia por el especialista y por los hombres y mujeres que todavía tienen mucho que aprender sobre la parte que sus compatriotas han jugado en la creación de lo que siempre ha sido un mundo violento.

*Resumen.* Hoy en día, en que un carro de combate cuesta quinientos millones de pesetas, incluso los ministerios de defensa más generosos pagan un precio modesto por los beneficios que obtienen y que nosotros disfrutamos, en nuestros museos militares. Déjeme mencionar algunos de estos beneficios:

I. El más importante, para mí, es que nos recuerdan continuamente nuestra identidad nacional.

II. El aprecio de un pasado común compartido por actos civiles y militares como la amalgama que une los ladrillos de la sociedad.

III. Cada museo debería servir al ejército como inspiración para reclutas y veteranos, y muchos nos proporcionarían el apoyo de las ramas técnicas.

IV. Las piezas de museo y sus archivos son las materias primas para los historiadores y para los educadores, y ofrecen un punto donde enfocar sus obras.

VI. Atraen, informan y distraen a compatriotas y a turistas.

VII. Aparte del gran placer e interés que ofrece su visita, puede añadirse el hecho de que se encuentre en un precioso edificio antiguo que nos haga recordar la necesidad de mantenerlo.

VIII. Un pequeño pero importante punto final: incluso un empleo no remunerado en un museo puede dar más sentido a las vidas de los trabajadores voluntarios.

Las siguientes palabras saludan a los visitantes que entran en este museo: «A los que mueren por la Patria los recoge la Inmortalidad».

Es nuestro deber asegurar que su inmortalidad continúa, para que se refleje en excelentes museos militares en los más hermosos edificios de nuestras ciudades más importantes. Ellos ocupan un puesto único en la sociedad europea moderna.